

La representante 'femiantifa' y la representante del montón sí que integran una verdadera comunidad de intereses: la unión de los represores, a veces expresada en la elocuente frase de "la unidad de todos los demócratas"

flow que sus votadas. Se desvanece, oh, el ideal democrático de la representación. Se revela (sorpresa) la falsa comunidad de intereses que pretende meter en el mismo saco al electorado y a sus sustituidoras (o sea, a sus representantes) políticas.

La votante y la votada *feministaantifascista* merecen ese apelativo tan largo y *apegotonao* que parece un chiste, y lo merecen porque hacen de esas dos herramientas complejas y potentes extraídas de y dirigidas a la realidad, una ideología (que, recordemos, es el conjunto de ideas sostenedoras del *statu quo*). Una ideología o, lo que es lo mismo, una cochina marca electoral. O sea: una marca de liderazgo para unas –las sustituidoras o representantes– y una marca de sumisión para otras –las sustituidas o votantes–.

P

ero al programa político *femiantifa* todo esto le da un poco igual, no tiene tiempo ni interés para debatirlo porque lo que quiere son votitos, silloncitos y microfónitos. Uso el diminutivo porque las sustituidoras *femiantifas* no consideran sus privilegios tales en comparación con los de otras sustituidoras no consideradas *femiantifas*, las cuales tienen menos remilgos a la hora de pasearse por los pasillos de la cámara de representantes con la chaqueta marca Armani que le ha proporcionado la marca Democracia. La representante *femiantifa* y la representante del montón sí que integran una verdadera comunidad de intereses: la unión de todos los represores, a veces expresada en la elocuente frase de "la unidad de todos los demócratas". Auténtica comunidad de intereses que la representante *femiantifa*, con la gota de vergüenza torera que le queda, se empeña vanamente en destruir con el arma propia de los togados: la retórica.

Reciente y felizmente, la falsa comunidad de intereses se está resquebrajando por el lado del feminismo más radical y necesario: el de las prostitutas y sus aliadas. Uno de los mínimos *femiantifa* es aquel que las considera sujetos de derecho y legítimas interlocutoras, y no meras víctimas a las que salvar (como sostienen las abolicionistas).

Las declaraciones cortarrollos (cortamínimos) tienen la impagable virtud de poner de manifiesto la perogrullada de que Gala Pin, por ejemplo, no come en el mismo plato que María José Barrera, la luchadora proderechos de las putas.

En noviembre de 2016 apareció una entrevista a Pin en el periódico autogestionado *Masala*, publicación del distrito que ella rige. Y decía esta maravilla:

"Pregunta: Pasemos a otro tema. Vamos a hablar de prostitución.

Respuesta: No voy a contestar sobre prostitución".

Dos años más tarde, en la entrevista que citábamos al principio de este artículo, leemos lo siguiente: "Hicimos una mediación con mujeres y vecinos y mantenemos nuestro compromiso de mejorar la convivencia y ayudarlas a dejar la calle. No prometeremos que no habrá prostitución".

Que las prostitutas, y más las prostitutas organizadas, no son plato de gusto para el feminismo institucional lo sospechábamos. María José Barrera denunciaba hace unas semanas, en unas jornadas autogestionadas sobre trabajo sexual en Barcelona (me ahorro dar datos precisos porque la *ley mordaza* criminaliza la mera reunión de prostitutas que hablan en público de su trabajo desde una postura no abolicionista) el fin del idilio de las prostitutas organizadas con Podemos y sus marcas locales y regionales, que fue el único partido que las había consultado para elaborar las propuestas políticas que les afectaban directamente. Pero ha habido una cortada de rollo. Las *femiantifas* de la comisión Podemos Feminismos a nivel estatal habían invitado a Barrera a sus conversaciones dentro del grupo de trabajo sobre prostitución. El partido estaba definiendo su posición de cara al programa electoral de las elecciones que se vienen encima.

"Podemos se va a posicionar abolicionista. (...) En Podemos se hace una comisión de prostitución, donde han participado algunos colectivos y algunas entidades, pero que solamente ha metido a dos trabajadoras sexuales en una comisión. ¿Y dónde están las compañeras, las putas de la calle? ¿Cómo pueden invitar a una comisión solamente a putas inactivas? Tendrán que meter a putas que estén en activo, ¿no? (...) Yo estoy metida en ese grupo desde el día 6 [de enero]. Al ser yo una puta visibilizada con mi nombre y apellidos, como les pasa a pocas compañeras, lo que han hecho ha sido bloquearme la entrada y no dejarme entrar al grupo de trabajo donde se iba a debatir de putas. Porque una cosa es que ustedes no invitéis a las putas, pero es que yo soy una puta podemista, capullo, que soy la representante de Participa Sevilla en el Consejo de la Mujer. (...) Nosotras las putas no podemos permitir esto porque, como se posicionen [abolicionistas], estamos perdidas. Porque ya es todo el feminismo institucional. Ya no tenemos ningún arreglo ahí", decía María José Barrera en ese mismo vídeo colgado en la página de Facebook del Colectivo de Prostitutas de Sevilla.

Celebremos, pues, que luchadoras como María José Barrera hayan dejado de confiar en el aparato burocrático *femiantifa* y lo digan bien alto. Que sean capaces de llamar al feminismo excluyente por su nombre y que con "dos ovarios como dos carretas" que tienen, como ella misma dice, nos recuerden a todas las demás que institucional es sinónimo de autoritario. ■

*Cristina Morales (Granada, 1985) es autora de 'Lectura fácil', Premio Herralde de novela 2018.